

PROCESOS DE CIVILIZACIÓN: CULTURAS DE ÉLITES, CULTURAS POPULARES

Una historia de contrastes y tensiones
(siglos XVI-XIX)

José María Imízcoz Beunza

Máximo García Fernández

Javier Esteban Ochoa de Eribe (coord.)



eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

A mediados del siglo XVIII aparece por primera vez en la historia la palabra *civilización*. Esta simultaneidad obedece a un fenómeno común a las élites del momento que buscaban promover el progreso mundano y el perfeccionamiento de la existencia terrenal. Estos grupos se consideraron depositarios de una mayor civilización y, justificándose en ella, trataron de regir y modificar las costumbres de los menos civilizados.

Este optimismo no era unánime. Otros sectores de las élites y un considerable número de sectores subalternos se opusieron a dicho programa, argumentando que rompían con la tradición que regía, y debía regir, la comunidad, mostrando una historia de contrastes y tensiones intrínseca, indisociables de las diferencias que el propio concepto de civilización fomentaba

¿Cómo comprender estas tensiones y contrastes? Responder a esta pregunta es el objetivo, desde una historia social y cultural, de los once autores que forman el presente libro. Desde un arco cronológico extenso y ejemplos centrados, sobre todo, en diversos puntos de España y Francia, se tratan diferentes temáticas como el vestido, la morada, los comportamientos de la mesa, la música o la celebración pública. Estos ejemplos son esbozos que, gracias a una visión de conjunto, permiten acercarnos a este complejo y estimulante contraste civilizacional.

SAILAK ETA BILDUMAK
SERIES Y COLECCIONES



ISBN: 978-84-1319-031-0



9 788413 190310

*Procesos de civilización:
culturas de élites,
culturas populares*

Una historia de contrastes y tensiones
(siglos XVI-XIX)

José María Imízcoz Beunza
Máximo García Fernández
Javier Esteban Ochoa de Eribe
(coordinadores)



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

CIP. Biblioteca Universitaria

Procesos de civilización : culturas de élites, culturas populares : una historia de contrastes y tensiones (siglos XVI-XIX) / José María Imízcoz Beunza, Máximo García Fernández, Javier Esteban Ochoa de Eribe (coordinadores). – Bilbao : Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea. Argitalpen Zerbitzua = Servicio Editorial, D.L. 2019. – 328 p. : il. ; 24 cm. – (Historia Medieval y Moderna ; 83)

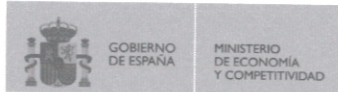
Textos en español y francés.

D.L.: BI-482-2019. — ISBN: 978-84-1319-031-0.

1. Civilización. 2. Historia social – 1500- . 3. Élite (Ciencias sociales). 4. Cultura popular. 5. Europa – Usos y costumbres. I. Imízcoz Beunza, José María, coord. II. García Fernández, Máximo, coord. III. Ochoa de Eribe, Javier Esteban, coord..

94(4) “15/18”

008(4) “15/18”



Proyectos de investigación del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España, HAR2017-84226-C6-4-P: Familias, cultura material, apariencia social y civilización. Identidades y representaciones en el interior peninsular (1500-1850) y HAR2017-84226-C6-5-P, Los cambios de la modernidad y las resistencias al cambio. Redes sociales, transformaciones culturales y conflictos, siglos XVI-XIX y Grupo de investigación del Sistema Universitario Vasco IT896-16: *Sociedad, poder y cultura (siglos XIV a XVIII)*.



UPV/EHUren Argitalpen Zerbitzuaren Erdi Aroko eta Aro Berriko Historia sailak Academic Publishing Quality (CEA-APQ) edizio akademikoen kalitatezko ziguiluen aipua jaso du.

La serie Historia Medieval y Moderna del Servicio Editorial de la UPV/EHU ha sido distinguida con el Sello de Calidad en Edición Académica - Academic Publishing Quality (CEA-APQ).

Foto de portada/Azalaren argazkia: *La tienda de Geniani, 1772*, Luis Paret y Alcázar.

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 978-84-1319-031-0

Depósito legal/Lege gordailua: BI-482-2019

Índice

Algunas consideraciones acerca de los modelos civilizadores: hacia una lectura social de la gestación y difusión de la civilización <i>José María Imízcoz, Máximo García y Javier Esteban</i>	9
---	---

PRIMERA PARTE

¿Vestir a la antigua, pensar a la antigua? El vestido como símbolo civilizador

Contrastes sociales y apariencia personal: el ajuar civilizador <i>Máximo García</i>	25
Petimetre y Majo, afrancesado y castizo: nuevas identidades indumentarias en el Madrid borbónico <i>Arianna Giorgi</i>	51
<i>Travestismo social</i> . Ensayo sobre un síntoma de los procesos civilizadores <i>Javier Esteban</i>	73
«Porque le olía a negro». Vestimenta, costumbres y politización popular en Madrid (1750-1840) <i>Álvaro París</i>	99

SEGUNDA PARTE

Comportamientos civilizados: la morada, la mesa, la música y la celebración

Un Château pour être noble: les parlementaires bordelais au temps de Louis XIV <i>Caroline Le Mao</i>	133
Representarse como noble a través de la vivienda en la Corte del siglo XVIII <i>Natalia González</i>	149

La civilidad de la mesa en los tratados españoles de la Edad Moderna <i>M.^a de los Ángeles Pérez Samper</i>	163
Prácticas musicales y procesos de civilización de la élite financiera y comercial en la España de Fernando VII: el caso de A Coruña <i>Carolina Queipo Gutiérrez</i>	191
«Vous devez en suivant votre zèle, donner au public cette marque de votre joie». Pour une lecture des réjouissances comme processus de civilisation du peuple parisien au XVIII ^e siècle <i>Pauline Valade</i>	213

TERCERA PARTE

Contrastes y tensiones

Las redes sociales del «buen gusto». Conexiones y circulación selectiva de las novedades materiales en la España del siglo XVIII (Madrid, provincias vascas, Navarra, 1700-1840) <i>José María Imízcoz</i>	239
Costumbres en tensión. El proceso de la civilización en las tierras vascas, de las costumbres compartidas a la fractura de la comunidad (1700-1833) <i>José María Imízcoz</i>	269
La culture matérielle comme moyen d'approche des différenciations sociales au XVIII ^e siècle <i>Michel Figeac</i>	309

- López Tabar, J., *Los famosos traidores: los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Madrid, Biblioteca nueva, 2002.
- Maravall Casesnoves, J. A., *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.
- Martín Gaite, C., *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Lumen, 1981 [1972].
- Molina Martín, Á. y Vega González, J., *Vestir la identidad, construir la apariencia. La cuestión del traje en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2004.
- Morange, C., «¿Afrancesados o josefinos?», *Spagna contemporanea*, 27 (2005), pp. 27-54.
- París Martín, Á., «La construcción del pueblo bajo en Madrid. Trabajo, cultura y política popular en la crisis del Antiguo Régimen (1780-1833)», *Sociología Histórica*, 3 (2013), pp. 337-366.
- Pedrosa Bartolomé, J. M., «La canción tradicional en el siglo XVIII y los inicios de la recolección folclórica en España», *Culturas Populares. Revista Electrónica* 3, septiembre-diciembre (2006).
- Rubio Pobes, C., «El conde de Villafuertes (1772-1842) biografía política de un patricio guipuzcoano en tiempos de revolución», *Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 193-217.
- Sala Valldaura, J. M., «Bases y tópicos morales de los sainetes de Ramón de la Cruz», *Anales de Literatura Española*, 8 (1992), pp. 157-174.
- , «Ramón de la Cruz y el teatro breve», en J. Huerta Calvo (dir.), *Historia del Teatro Español. II. del siglo XVIII a la época actual*, Madrid, Gredos, 2003, pp. 1657-1677.
- , «Gurruminos, petimetres, abates y currutacos en el teatro breve del siglo XVII», *Revista de Literatura*, 71, n.º 142 (2009), pp. 429-460.
- Sánchez-Blanco, F., *El Absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III*, Madrid, Marcial Pons, 2002.
- , *La Ilustración goyesca. La cultura en España durante el reinado de Carlos IV (1788-1808)*, Madrid, CSIC, 2007.
- Sánchez Equiza, C., *Del danbolín al silbo. Txistu tamboril y danza vasca en la época de la Ilustración*, Pamplona, Euskal Herriko Txistulari Elkarte, 1999.
- Sánchez Hita, B., «Cartillas políticas y catecismos constitucionales en el Cádiz de las Cortes: un género viejo para la creación de una nueva sociedad», *Revista de literatura*, 65, n.º 130 (2003), pp. 541-574.
- Sánchez León, P., «Ordenar la civilización: semántica del concepto de Policía en los orígenes de la Ilustración Española», *Política y Sociedad*, 42, 3 (2005), pp. 139-156.
- Sonescher, M., *Sans-Culottes. An eighteenth-century emblem in the French revolution*, New Jersey, Princeton university press, 2008.
- Thompson, E. P., *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995 [1991].
- Turner, T. S., «The social skin», *HAU: Journal of Ethnographic Theory* 2, 2 (2012) [1980], pp. 486-504.

«Porque le olía a negro». Vestimenta, costumbres y politización popular en Madrid (1750-1840)

Álvaro París Martín

Universidad de Zaragoza

Grupo Taller de Historia Social

Resumen: A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, surgieron en Madrid nuevas modas y costumbres que fueron rechazadas por las clases populares, tachándolas de afrancesadas y extranjerizantes. La hostilidad frente a los petimetres y lechuguinos, encarnada en las figuras de la maja y el manolo, fue central para la articulación de procesos de politización popular hasta mediados del siglo XIX. La oposición frente a las levitas, las galgas o las cachuchas, emergió tanto en los motines antiliberales de 1814 y 1823, como en los alborotos progresistas de 1840.

Palabras clave: politización popular, contrarrevolución, vestimenta, usos y costumbres, civilización, majismo.

Abstract: «Because he smelled like a liberal»: clothing, customs and popular politics in Madrid (1750-1840). From the second half of the Eighteenth Century, new fashions and manners that emerged in Madrid were refused by popular classes who depicted them as «frenchified». Hostility towards *petimetres* and *lechuguinos*, embodied in the types of *majos* and *majas*, framed popular politics until the middle of the Nineteenth Century. Popular animosity towards some garments as frock coats, *galgas* or *cachuchas*, appeared in both royalist (1814-1823) and liberal (1840) riots.

Keywords: popular politics, counterrevolution, clothing, customs, civilization, majismo.

El «extravagante motín» de las galgas y las boinas*

El 4 de mayo de 1814, Fernando VII firmó un célebre decreto quitando «de en medio del tiempo» la obra legislativa de las Cortes de Cádiz. En la madrugada del día 11 los diputados fueron arrestados en sus domicilios, mientras las «turbas desenfrenadas» desataban un motín antiliberal en Madrid. Un grupo arrancó la lápida de la Constitución de la Plaza Mayor —arrastrándola en un serón de esparto— mientras la «plebe arremolinada» apedreaba y mutilaba las estatuas del salón de Cortes¹. Pero el «populacho» no solo persiguió a los sujetos marcados por liberales, sino a todos aquellos «que en su semblante, su traje y sus modales daban a conocer que no pertenecían a su clase y sentimientos»:

«arrancaban a unos el sombrero blanco o la corbata negra, que eran, según decían, señales de *flamasón*; cortaban a otros las borlas de las botas que entonces se llevaban por encima del pantalón ajustado y a las mujeres las *galgas*, o sea las cintas con que sujetaban el zapato y llevaban entonces entrelazadas hasta la pantorrilla»².

Chaulié nos presenta a una turba gritando contra los liberales en el popular barrio madrileño del Barquillo. Al advertir su presencia, un caballero elegante «arrancó al punto las borlas que llevaba en la parte alta de las botas», mientras la mujer hacía lo propio con sus galgas, para no quedar expuestos a «aquella bárbara muchedumbre perseguidora de constitucionales»³.

Más de veinticinco años después, el 17 de julio de 1840, las galgas protagonizaron otro motín popular en Madrid. El contexto político era radicalmente distinto: la paz con los carlistas acababa de firmarse y los progresistas se movilizaban contra la ley de ayuntamientos de María Cristina⁴. En aquel contexto, «gente de la más soez y desacreditada de los barrios bajos» acom-

* El presente trabajo se enmarca en los proyectos de investigación PGC2018-094150-BC22 «Privilegio, trabajo y conflictividad. La sociedad moderna de Madrid y su entorno entre el cambio y las resistencias» [URL: <http://cambiosyresistencias.es>]; HAR2015-65991-P «Entre revolución y contrarrevolución. Ciudades, espacio público, opinión y politización (1789-1888)» y una intervención Juan de la Cierva Formación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. Es deudor del trabajo colectivo del Grupo Taller de Historia Social y especialmente de la ayuda de Victoria López Barahona. [URL: <http://historiasocial.org>]

¹ La narración de los hechos en R. de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 199-203. D. Chaulié, *Cosas de Madrid. Apuntes sociales de la Villa y Corte*, Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, 1884, pp. 12-13; E. K. Bayo, *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*, Madrid, Repullés, 1842, vol. 2, pp. 35-36.

² R. Mesonero Romanos, *Memorias...*, p. 203. La RAE define las galgas como «cada una de las cintas cosidas al calzado de las mujeres para sujetarlo a la canilla de la pierna».

³ D. Chaulié, *Cosas de Madrid...*, p. 167.

⁴ J. Pérez Núñez, «La revolución de 1840: la culminación del Madrid progresista», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36 (2014), pp. 141-164.

tió con palos a quienes «llevaban sombrero blanco, pantalón encarnado o gorra de cierta hechura y color», arrancando a las mujeres «las cintas o galgas con que se sujetaban al pie los zapatos»⁵.

Los amotinados de 1840 fueron caracterizados como «una pandilla de pillos en chaqueta y garrote» —atuendo y arma predilectas de las clases populares— que perseguían a las «mujeres [...] decentes y de buenas familias, como sea viudas, pensionistas, mujeres de empleados cesantes, etc.»⁶.

Los observadores contemporáneos no acertaron a entender las «misteriosas» y «extrañas» motivaciones del *motín de las galgas*, que solo pudieron achacar al «capricho popular», el soborno y la manipulación. Los historiadores actuales no han tenido mucho más éxito, interpretándolo como un producto del carácter tradicional y «pre-moderno» de la sociedad madrileña. Para Lago y López no fue más que un «aprovechamiento con fines políticos» del malestar popular por parte del gobierno moderado, que habría provocado el alboroto para desacreditar a los progresistas⁷. Para Antonio Elorza, en contraste con el *motín de las levitas* que tuvo lugar en las mismas fechas en Barcelona —donde se observaría una incipiente manifestación de malestar obrero— el alboroto madrileño carecía de trasfondo político y era un síntoma de la ausencia de un proceso de industrialización⁸. Mientras en Barcelona los obreros progresistas «de chaqueta» se enfrentaban a la «gente de levita» (burguesía moderada), en Madrid «la divisoria se establece entre ricos y pobres, sin otro matiz, mientras que el trasfondo político del motín queda elidido».

Los testimonios de la época inciden en que las causas eran un «misterio» y que «nada fue bastante para esclarecer y penetrar a fondo la naturaleza y tendencia de este motín extraño», «asombroso», «inexplicable», «extravagante» y «ridículo». Los diarios de las sesiones de Cortes reflejan el mismo estupor. El moderado Joaquín Francisco Pacheco afirmó que era «imposible que en el pueblo de Madrid haya nadie [...] que se subleve espontáneamente contra las gorras de esta o de la otra figura, contra las cintas que llevan las señoras en los zapatos»⁹. El progresista Manuel Cantero, por el contrario, apuntaba al tras-

⁵ VV.AA., *Vida militar y política de Espartero. Obra dedicada a la Ex-Milicia Nacional del Reino por una sociedad de ex-milicianos de Madrid*, Madrid, Sociedad Tipográfica de D. Benito Hortelano y Compañía, 1845, Tomo III, pp. 239-240. Ver también J. S. Flórez, *Espartero. Historia de su vida militar y política*, Madrid, Ayguales de Izco 1845, Tomo III, p. 633.

⁶ Citado en L. Garrido Muro, *El nuevo Cid. Espartero, María Cristina y el primer liberalismo español (1834-1840)*, Tesis doctoral, Universidad de Cantabria, 2012, p. 520.

⁷ G. Lago y N. López, «Levitas y galgas: dos motines en los orígenes de la industrialización de España», en S. Castillo y J. M. Ortiz de Orruño (eds.), *Estado, protesta y movimientos sociales, Actas del III Congreso de Historia Social de España*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998, pp. 569-574.

⁸ A. Elorza, «El tema de Francia en el primer republicanismo español», en J. R. Aymes y J. Fernández Sebastián (eds.), *L'Image de la France en Espagne (1808-1850)*, París-Bilbao, Presses Sorbonne Nouvelle / Universidad del País Vasco, 1997, pp. 112-113.

⁹ *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, Madrid, Imprenta Real, 1840, Tomo V, Sesión del 18 de julio de 1840, pp. 213-217.

fondo previo al estallido. Desde hacía varios días se notaba que en los espacios de sociabilidad popular —como las plazuelas de comestibles— «unos cuantos individuos de la hez del pueblo iban persiguiendo a las personas que llevaban unas gorras chatas a que daban el título de boinas».

En efecto, el que sería conocido como *motín de las galgas* había empezado tres días antes con las boinas como protagonistas. Los desórdenes estallaron el día 15 julio de 1840 en la romería de la iglesia del Carmen, cuando varios sujetos comenzaron a perseguir y apalear a quienes portaban unas «gorrillas que *cachuchas* antes y hoy diera el vulgo por llamar *boinas*»¹⁰. Las boinas o cachuchas se asociaban con los carlistas que acababan de acogerse al convenio de Vergara:

«esas gorritas que antes llamábamos *cachuchas* y que el vulgo denominaba también *setas*, algo parecidas por su figura a las *boinas* que constituían el distintivo de los carlistas armados»¹¹.

Durante tres días, varios grupos de «apaleadores» recorrieron Madrid propinando «sendos garrotazos a cuantos encontraban con esas gorrillas semejantes a las boinas»¹². Los incidentes se reprodujeron en diferentes espacios de la capital y Martínez de la Rosa se preguntaba por qué los amotinados habían ido a buscar las boinas: «en las cabezas de los artesanos de Madrid» en lugar de en Navarra¹³.

Si durante los tres primeros días el motín se había dirigido contra las cachuchas, a partir del 18 de julio los alborotos se extendieron y cambiaron de forma. A las 6 de la mañana, en diferentes plazuelas de la capital, se comenzaron a perseguir las galgas y los adornos de color encarnado (rojo) que portaban las mujeres. Las fuentes coinciden en señalar a las cintas, pañuelos, pendientes de coral y vestidos encarnados como los principales objetivos de los alborotadores. Varios grupos de paisanos armados con garrotos:

«acomietieron a las mujeres indefensas, unas porque llevaban pañuelos encarnados, otras porque los tenían amarillos, unas porque llevaban zarcillos de coral en las orejas, otras porque tenían galgas en los zapatos»¹⁴.

Los perseguidores eran descritos como «gente deslucida y vulgar de los barrios escéntricos»¹⁵, «hombres mal vestidos»¹⁶, que recorrían

¹⁰ *Fray Gerundio*, 21/07/1840, capillada 267, p. 86.

¹¹ *Ibid.*, p. 87. Modesto Lafuente, redactor del *Fray Gerundio* bautizó el motín como «motín ministerial» y al ministerio como «ministerio de las galgas».

¹² *El Castellano*, 17/07/1840.

¹³ *Diario de Sesiones...*, *op. cit.*, p. 216.

¹⁴ *Ibid.*, p. 214. En la causa judicial contra los amotinados, conducida por el juez Manuel Luceño, encontramos las denuncias de varias mujeres, como la que fue «acometida por unos hombres que la quitaron las galgas de los zapatos y la mandaron desprenderse y guardar el pañuelo encarnado que tenía puesto». *Diario de Madrid*, 19/08/1840.

¹⁵ J. S. Flórez, *Espartero...*, Tomo 3, p. 633.

¹⁶ *El Castellano*, 17/07/1840.

«las calles armados de palos y navajas, despojando y maltratando a hombres, mujeres y niños. Se han arrebatado boinas, pantalones encarnados o con tira de color, collares y pendientes de coral, pañuelos encarnados y blancos, refajos encarnados, las galgas de los zapatos a las señoras»¹⁷.

Los espectadores ajenos al universo popular se mostraban estupefactos ante esta mezcla aparentemente inexplicable de símbolos, «toda vez que se perseguían indistintamente las galgas, los pendientes de coral, los pañuelos encarnados y las boinas»¹⁸.

La inquina contra el color encarnado se explica por su asociación con los carlistas, concebidos como un enemigo interno infiltrado en la comunidad. Así lo refleja una conversación entre el personaje de Fray Gerundio y su criado:

«— ¿Pero has percibido por qué tan bárbara y bruscamente se persigue el color encarnado?

— Señor, porque dicen que es color realista»¹⁹.

Por su parte, *El Católico* subraya que los alborotadores «la han pagado con las mujeres que llevan alguna ropa de color encarnado, porque dicen que son facciosas»²⁰.

Los amotinados obligaron a las mujeres a quitarse las prendas encarnadas o se las arrancaron por la fuerza, dejando a algunas de ellas «en camisa» por portar vestidos del color prohibido. Varias sufrieron desgarros en las orejas al arrancarles los pendientes de coral, «haciéndolas verter bastante sangre»²¹.

Si la asociación de la boina con los carlistas resulta comprensible, la ojeriza hacia el color encarnado es más difícil de interpretar. El encarnado era el color nacional, portado por el ejército y la milicia liberal, presente en las escarpelas y banderas. Aunque los liberales se identificaban de manera más específica con el verde y el morado, no parece que el rojo fuese considerado de manera generalizada como un símbolo realista, como sí sucedía en el vecino Portugal²². Durante el Trienio los liberales exaltados trataron de modificar la

¹⁷ *El Castellano*, 18/07/1840.

¹⁸ F. Garrido, *Historia del reinado del último Borbón de España*, Barcelona, 1868, Tomo I, p. 417.

¹⁹ *Fray Gerundio*, 21/07/1840, p. 92.

²⁰ *El Católico*, 18/07/1840.

²¹ Extracto de la causa contra los amotinados publicada en *Diario de Madrid*, 30/08/1840.

²² En Portugal el *vermelho* era el color miguelista. En el Reino de Nápoles, la escarpela roja se identificaba (junto a la bandera blanca) con el legitimismo borbónico. A. Monteiro Cardoso, *A Revolução Liberal em Trás-os-Montes (1820-1834): o povo e as elites*, Porto, Edições Afrontamento, 2007; C. de Nicola, *Diario Napoletano, 1798-1825*, Nápoles, Società napoletana di storia patria, 1906, vol. 1, pp. 68, 172 y 186. Ver J. Canal, «Matar negros, hacer blancos: Los colores y los nombres del enemigo en las guerras civiles de la España contemporánea», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, Historia Contemporánea, 20 (2008), pp. 19-36; B. Dumons y H. Multon (eds.), «Blancs » et contre-révolutionnaires. *Espaces, réseaux, cultures et mémoires (fin XVIII-début XIX siècles)*: France, Italie, Espagne, Portugal, Rome, École française de Rome, 2011.

escarapela nacional añadiendo el color verde, tal y como se había empleado en el ejército de la Isla²³. Pero aunque tejiesen una orla verde a la escarapela o al sombrero, nunca abandonaron el encarnado²⁴. En definitiva, mientras el blanco se identificaba con los realistas (como en Francia y Nápoles), el encarnado y el amarillo eran los colores nacionales empleados por ambos bandos. Por último, para enredar más aún la cuestión, el blanco y el amarillo también fueron perseguidos en 1840 y varios relatos sostienen que «en muchas plazuelas han atacado, no ya a los de boina, sino a los de sombrero blanco»²⁵.

Las limitaciones de las fuentes consultadas nos impiden desentrañar de manera más precisa la relación entre las cachuchas, las galgas y el color encarnado. No en vano, los contemporáneos mostraron el mismo estupor ante esa extraña combinación. El criado de Fray Gerundio temía ser atacado por llevar carne, tomates y su propia lengua, «que también es encarnada»²⁶. En el caso de las galgas, se apuntaban hipótesis tan peregrinas como que «forman cruz y que ya no se quieren cruces»²⁷.

Pero en este escenario aparentemente incomprensible había elementos que resultaban familiares para los contemporáneos. Los testigos no entendían la relación entre las galgas y el color encarnado, pero recordaban episodios anteriores que por similitud daban cierta familiaridad a los hechos. Como señalaba Argüelles en la sesión de Cortes:

«Recordaré que en el año 1814 comenzó en Madrid una conmoción con actos semejantes. También entonces las señoras que llevaban sus zapatos sostenidos con cintas, que ahora llaman galgas, fueron insultadas por las calles, y los hombres que llevaban borlas en las botas tuvieron que pasar por la indignidad de que se las arrancaran en la Puerta del Sol»²⁸.

En efecto, el motín de las galgas despertaba «el recuerdo de otros movimientos análogos» que se produjeron «en épocas de recordación aciaga», esto es, durante los dos restauraciones absolutistas²⁹. En palabras de *El Castellano*:

²³ En la sesión de Cortes del 10 de septiembre de 1820 se leyó el dictamen de la comisión que proponía añadir el color verde al encarnado en la escarapela del ejército. La propuesta se debatió a petición de Quiroga y fue finalmente rechazada, junto a otras alternativas, como la de combinar el amarillo con el encarnado. *Diario de las actas y discusiones de las Cortes, Legislatura de 1820 y 1821*, Madrid, Imprenta de las Cortes, 1820, Tomo V, pp. 177-179.

²⁴ Alcalá Galiano hace referencia a un discurso pronunciado en la Fontana de Oro «para que la sociedad pidiese que se añadiese la orla verde a la escarapela encarnada española». También menciona la costumbre de pegar o tejer una cinta verde a la escarapela. *Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano, publicadas por su hijo*, Madrid, Vision Net, 2009 [1886], p. 359.

²⁵ *Eco del Comercio*, 19/07/1840.

²⁶ *Fray Gerundio*, 21/07/1840, p. 92.

²⁷ *El Católico*, 18/07/1840.

²⁸ *Diario de Sesiones...*, p. 216.

²⁹ J. S. Flórez, *Espartero...*, p. 634.

«Nosotros hallamos mucha afinidad entre los apaleadores de hogaño y los de antaño, esto es, los que en 1823 perseguían de muerte a las cachuchas hasta derrotarlas completamente después de hacer muchas prisioneras. ¿Si serán los mismos los que ahora apalean y los que apaleaban entonces? Si no lo son su ilustración es la misma, la misma su educación, las mismas sus ideas, la misma su tendencia»³⁰.

En definitiva, las galgas y las cachuchas se encuentran en el centro de motines populares de signo político radicalmente opuesto. Los realistas de 1814 y 1823 persiguieron los mismos símbolos que los progresistas de 1840. Las boinas y las galgas que identificaban a los liberales pasaron a asociarse con los carlistas³¹. Los madrileños preservaban una memoria nítida de los enfrentamientos pasados, por lo que todo apunta a que otorgaban a las mismas prendas significados políticos diferentes. Para avanzar en la comprensión de esta lógica, debemos desentrañar cuáles eran los significados sociales y culturales que se otorgaba a la vestimenta. La politización popular se articula en torno a la oposición frente a una serie de prácticas denostadas por considerarse ajenas a la comunidad. Estas prácticas, sin embargo, pueden leerse en términos diferentes en virtud del contexto político. Nos encontramos ante una resignificación de hábitos culturales, de usos y costumbres rechazados por la población, que adquieren un sentido político concreto al ser interpretados a través de diferentes marcos. Las clases populares se reapropiaron del discurso anti-ilustrado, realista, contrarrevolucionario o liberal, dándole una forma específica a través del filtro de sus experiencias cotidianas. Para seguir desentrañando la madeja vamos a remontarnos al debate civilizatorio que se produjo en la segunda mitad del siglo XVIII, con la irrupción de nuevas costumbres que fueron denostadas por las clases populares mediante la ridiculización de los afrancesados, petimetras y lechuguinos. En la parte final del capítulo, estudiaremos cómo esta oposición cultural alimentó la politización contrarrevolucionaria durante la segunda restauración absolutista (1823-1833).

El majismo revisitado: de la anécdota costumbrista a la historia desde abajo

Las fuentes literarias nos trasladan la hostilidad que mostraron las majas, manolos y chisperos —tipos sociales del Madrid popular— ante las modas «afrancesadas» que emergieron en la segunda mitad del siglo XVIII. El debate sobre el proceso civilizatorio inundó los relatos costumbristas, la prensa, las estampas y el teatro, pero también tuvo manifestaciones a pie de calle. La oposición entre el sombrero y la mantilla o el chocolate y el café, refleja una

³⁰ *El Castellano*, 17/07/1840.

³¹ *Fray Gerundio* hace referencia a un episodio en el que el populacho, al escuchar a un sacerdote llamar contra las sectas masónicas y comuneras en 1824, entendió que se refería a las *setas* —nombre que también recibían las cachuchas— y apedreó al jefe de policía que portaba una de estas boinas. *Fray Gerundio*, 21/07/1840, pp. 87-89.

lucha entre modelos culturales que se enfrentaron en el espacio urbano³². Después de los tipos literarios del chispero o la naranjera, había trabajadores y trabajadoras de carne y hueso, que interpretaron «desde abajo» un conflicto sobre la civilización de las costumbres que resultó central para la construcción de las identidades políticas durante las décadas siguientes.

Lamentablemente, estas figuras se han convertido en tópicos acartonados de la tradición madrileña, sombras de una identidad castiza y rancia³³. Por el contrario, cuando leemos las fuentes literarias a partir de las condiciones materiales de vida de las clases populares los resultados son alentadores. Rebecca Haidt ha estudiado los fenómenos de la petimetría y el majismo a la luz de la historia social madrileña³⁴. En su obra, las majas y los majos no emergen como siluetas descontextualizadas, sino que cobran vida a través de un diálogo con las mujeres trabajadoras y los artesanos proletarizados que nos presentan Victoria López o José Nieto³⁵. Los tipos literarios adquieren así una nueva dimensión, pues no solo reflejan las disquisiciones sobre moral y costumbres de las élites, sino también las experiencias y ansiedades de las clases populares urbanas. No hablamos aquí de trascender la imagen literaria para alcanzar una «realidad» social, sino de reinterpretar «desde abajo» —y de forma conflictiva— la construcción de los discursos culturales.

Para Haidt, la figura del majo está indisolublemente ligada a la experiencia de la precariedad, la inestabilidad y la movilidad de la fuerza laboral madrileña. Procedente de las oleadas migratorias que nutrieron el crecimiento demográfico de la Corte, el majo se convierte paradójicamente en representante del casticismo y la españolidad³⁶.

En los sainetes y tonadillas, los majos se definen a sí mismos por el trabajo y la ausencia de privilegios, frente a los pretendientes, comerciantes y propietarios que son designados despreciativamente como «usías». Junto al terreno laboral, la identidad del majo se asienta en la calle y el sentimiento de perte-

³² J. Escobar, «El sombrero y la mantilla: moda e ideología en el costumbrismo romántico español», en *Revisión de Larra: ¿protesta o revolución?*, París, Les Belles Lettres, 1983, pp. 161-165.

³³ E. Rodríguez Solís, *Majas, manolas y chulas: historia, tipos y costumbres de antaño y ogaño*, Madrid, Fernando Cao y Domingo de Val, 1886; A. Flores, «Cuadro cincuenta y tres: Manolos y Chisperos o el Lavapiés y el Barquillo», en *Ayer, hoy y mañana, o la fe, el vapor y la electricidad: cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899*, Madrid, Imprenta de Mellado, 1863, Tomo II, pp. 389 y ss.; F. C. Sainz de Robles, *Madrid, teatro del mundo*, Madrid, Emiliano Escobar, 1980.

³⁴ R. Haidt, *Women, Work and Clothing in Eighteenth-century Spain*, Voltaire Foundation, University of Oxford, 2011. Ver también T. Zanardi, *Framing Majismo: Art and Royal Identity in Eighteenth-Century Spain*, Penn State University Press, 2016.

³⁵ V. López Barahona, *Las trabajadoras en la sociedad madrileña del siglo XVIII*, Madrid, Libros del Taller de Historia, 2017. *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, Fundamentos, 2009; J. Nieto Sánchez, *Artisanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Madrid, Fundamentos, 2006.

³⁶ R. Haidt, «Los Majos, el “españolísimo gremio” del teatro popular dieciochesco: sobre casticismo, inestabilidad y abyección», *Cuadernos de Historia Moderna*, X (2011), pp. 155-173.

nencia a un barrio. La calle emerge como espacio de vida y ocio para unas clases populares que habitan en cuartuchos sin luz natural, ventilación ni equipamientos³⁷. Esta sociabilidad al aire libre —articulada en torno a las plazas y mercados, los descampados extramuros o las orillas del río Manzanares— se refleja tanto en las fuentes judiciales y policiales como en el teatro popular.

En la calle se establecían vínculos de solidaridad y ayuda mutua, pero también conflictos cotidianos en torno al uso y apropiación del espacio urbano. Estas interacciones desembocaron en la formación de identidades barriales, que proporcionaban un refugio frente a la inestabilidad laboral y la precariedad de la vida. En efecto, «la conciencia de ser de un barrio ofrece siempre, dentro de la dispersa globalidad de la gran metrópoli, la posibilidad de que el vecino no pierda el nexo [encontrando] su identidad perdida en el anonimato de la gran ciudad»³⁸.

En Madrid existían cinco barrios populares o *barrios bajos*, que se correspondían con los cuarteles de Maravillas y Barquillo —situados al norte— y Lavapiés, el Rastro (San Isidro) y San Francisco, al sur (ver plano 1). La identidad de barrio era un fenómeno complejo, de modo que el «barrio vivido» por los habitantes no se correspondía necesariamente con las circunscripciones administrativas dibujadas sobre el plano por las autoridades. En cualquier caso, tanto en los sainetes como en la documentación policial, aparecen siempre cuatro o cinco barrios populares dotados de identidad y enfrentados entre sí. En el sainete *La Crítica*, Ramón de la Cruz introduce a cuatro majas que se presentan del siguiente modo:

MARTÍNEZ ¿Quiénes son ustedes?, sepamos
 NICOLASA La Usía, por el Barquillo.
 PÉREZ La Redonda, por el Rastro.
 SILVERIA La Tilde, por Maravillas.
 MARIANA Y por el *ensine* barrio
 del Lavapiés, yo, que no
 me acuerdo cómo me llamo»³⁹.

Los cuatro barrios se enzarzaban en conflictos por la primacía como el siguiente:

Callen Barquillo, Maravillas
 y Rastro, no lo digo por jactancia,
 donde está el Avapiés, que ha sido siempre
 el non pus de azotados y azotadas⁴⁰.

³⁷ A. Farge, *Vivre dans la rue à Paris au XVIII^e siècle*, París, Gallimard, 1979.

³⁸ E. Huertas, «Los majos madrileños y sus barrios en el teatro popular», J. Huerta y E. Palacios (eds.), *Al margen de la Ilustración. Cultura popular, arte y literatura en la España del siglo XIX*, Ámsterdam, Ridopi, 1998, p. 118.

³⁹ R. de la Cruz, «La crítica», en E. Cotarelo (ed.), *Sainetes de Don Ramón de la Cruz*, Madrid, Bailly Baillièrre, 1928, Tomo II, p. 82.

⁴⁰ R. de la Cruz, «El muñuelo», en *Sainetes de Don Ramón de la Cruz*, Madrid, La novela Ilustrada, 1905, p. 45.



Plano 1

Madrid en la división en diez cuarteles establecida por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte en 1802. Fuente: V. Pinto y S. Madrazo, *Madrid. Atlas histórico de la ciudad, Siglos IX-XIX*, Madrid, Lunweg, 1995.

Estos conflictos se dirimían mediante peleas a pedradas entre los jóvenes, que se citaban en las afueras de la ciudad para defender el orgullo de sus respectivos barrios. Como señala Antonio Flórez, «los partidos no se dividen en progresistas ni exaltados, sino en Maravilleros y Barquillistas, o en Franciscuistas y Gilimoneros»⁴¹. En la documentación policial encontramos numerosos ejemplos de este tipo de episodios. En 1825, los mozos de Maravillas se enfrentaron a los de Afilgidos con palos y piedras «por desafiarse los de un cuartel con otro» (ver figura 1)⁴².

⁴¹ En referencia al portillo de San Gilimón. A. Flores, *Tipos y costumbres españolas*, Sevilla, Francisco Álvarez y C.^a Editores, 1877, pp. 257-258.

⁴² Archivo Histórico Nacional [en adelante AHN], Consejos, leg. 40.064, parte del 24 de julio de 1825. Las peleas entre jóvenes como elemento central en la construcción de las identidades de barrio en D. Garrioch, *Neighbourhood and Community in Paris, 1740-1790*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 58-59.

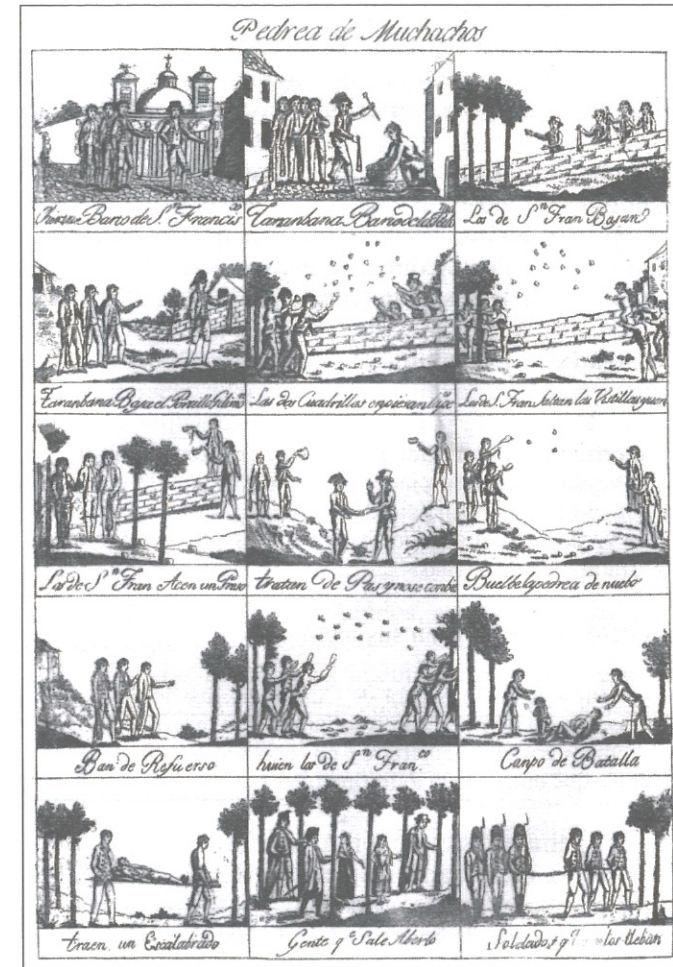


Figura 1

Pedrea de muchachos. Aleluya que representa una pedrea entre mozos de San Francisco y La Paloma. Fuente: Fundación Jiménez Díaz, Colección de Aleluyas, 922.

La pertenencia a un barrio dotaba a los trabajadores de un arraigo comunitario que exhibían con orgullo. Los majos hacían gala de sus particulares linajes y genealogías barriales, que les proporcionaban «vínculos de reconocimiento y conexión vecinal», protegiéndolos de las levas de vagos que perseguían a la población flotante que carecía de arraigo en la Corte⁴³.

⁴³ R. Haidt, «Los Majos...», p. 167.

Las clases populares quedaban insertas en una red de apoyo mutuo que les permitía no solo integrarse en la comunidad, conseguir trabajo o acceder a los canales informales de crédito, sino también contar con referencias de personas conocidas para evitar ser expulsados de la capital o condenados a trabajos forzados⁴⁴.

La identidad de las clases populares se articulaba a través de diferentes niveles: el patio de vecindad, la calle, el barrio, el oficio, el paisanaje o la vestimenta. Pero por encima de los elementos que les diferenciaban entre sí, compartían un sentimiento común de pertenencia a los barrios bajos, definidos por oposición a los espacios del centro de la ciudad donde proliferaban los enclaves de sociabilidad de las clases medias y acomodadas⁴⁵. El elemento que «unía en un sentimiento común» a los habitantes de los barrios bajos era

«su ojeriza a todo individuo, de cualquier sexo, edad o condición, que fuera, vestido con decencia. No había necesidad de presentarse con lujo, bastaba el más ligero indicio de no ser de la ropa de aquéllos, para arrosar un verdadero peligro transitando por las calles de la Paloma, Barquillo, San Antón y otras muchas»⁴⁶.

Como recuerda Pío Baroja en sus memorias:

«Avanzar hacia la Ribera de Curtidores [barrio del Rastro] vestido de señorito, con su bombín, como solíamos ir la mayoría de los estudiantes de este tiempo, era algo temerario. Yo recuerdo haberme tenido que echar a correr porque empezaban a tirarme piedras»⁴⁷.

Insultar a las petimetras o escupir a los caballeros con levita eran formas de reafirmar la identidad plebeya y reivindicar la superioridad de las costumbres populares frente a los nuevos hábitos extranjerizantes. La vestimenta era portadora de identidad y de orgullo, pero también se si-

⁴⁴ V. López Barahona, «La caza de vagamundas: trabajo y reclusión en Madrid durante la Edad Moderna», P. Oliver Olmo (ed.), *La prisión y las instituciones punitivas en la investigación histórica*, Cuenca, Universidad Castilla La Mancha, 2014, pp. 31-48; «Estrategias de supervivencia y redes informales de crédito entre las clases populares madrileñas del siglo XVIII» en F. J. Hernando, J. M. López y J. Nieto (eds.), *La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo*, Madrid, Ediciones UAM, 2012, pp. 37-50. El análisis de una leva de vagos de 1824 en J. Nieto Sánchez y A. París Martín, «Transformaciones laborales y tensión social en Madrid: 1750-1836», *Revista Encuentros Latinoamericanos*, vol. VI, n.º 1 (2012), pp. 210-274.

⁴⁵ A. París Martín, «La construcción del pueblo bajo en Madrid. Trabajo, cultura y política popular en la crisis del Antiguo Régimen (1780-1833)», en *Sociología Histórica*, n.º 3 (2013), pp. 337-366.

⁴⁶ D. Chaulié, *Cosas de Madrid...*, p. 242.

⁴⁷ Citado en J. Simón Díaz, *Guía literaria de Madrid, arrabales y barrios bajos*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños / La Librería, 1994, p. 405.

tuaba en el centro de la estigmatización del enemigo social. Chaulié se quejaba con amargura de que «parece que las personas decentes solo han nacido para servir de escarnio a los chisperos y manolos»⁴⁸. Aunque los trabajadores tuviesen que recurrir al mercado de ropa usada y remendasen hasta el infinito sus escasas prendas, portaban con orgullo un atuendo que les diferenciaba de los grupos sociales superiores y les dotaba de cohesión interna.

Pero ¿cómo vestían las clases populares madrileñas? Para responder a esta pregunta, debemos trascender las descripciones literarias y pictóricas, recurriendo a la información que proporcionan los inventarios y declaraciones de pobreza⁴⁹.

El atuendo básico de los hombres se componía de medias, calzones, camisa, jubón, y chaleco, además de una chupa, casaca o chaqueta. Como prenda de abrigo se utilizaba la famosa capa larga y también eran frecuentes las redecillas en la cabeza, así como el sombrero chambergo o calañes (ver figura 2). El de las mujeres, además de las enaguas y camisa interiores, consistía básicamente en guardapiés (falda larga), basquiña (falda exterior), jubón, mantilla y un pañuelo que cubría el escote (ver figura 3). Como prendas visibles, las basquiñas y mantillas eran las más significativas y costosas. Podían estar elaboradas con diferentes tejidos, aunque casi siempre en colores neutros: blanco o negro⁵⁰.

Cuando en 1766 las autoridades intentaron modificar este atuendo mediante la prohibición de los sombreros chambergos y las capas, las clases populares respondieron desatando un motín que puso en jaque al monarca. Las medidas de Esquilache se interpretaron como una afrenta a las costumbres populares y los amotinados obligaron a los viandantes que portaban sombreros de tres picos a romperlos para convertirlos en chambergos, humillando así a numerosos nobles y eclesiásticos⁵¹.

⁴⁸ D. Chaulié, *Cosas de Madrid...*, p. 243.

⁴⁹ V. López Barahona y J. A. Nieto Sánchez, «Dressing the Poor: The Provision of Clothing Among the Lower Classes in Eighteenth-Century Madrid», *Textile History*, 43 (2012), pp. 24-43; «La ropa estandarizada. Innovaciones en la producción, comercio y consumo de vestuario en el Madrid del siglo XVII», *Sociología del Trabajo*, 71 (2011), pp. 118-135.

⁵⁰ No podemos descartar que, frente a la sobriedad de los colores tradicionales, los vestidos encarnados y los complementos llamativos como los pendientes de coral, despertasen rechazo por considerarse como una expresión de lujo y ostentación. Desgraciadamente, no disponemos de estudios sobre fuentes notariales para la altura de 1840 que nos permitan confirmar estas hipótesis.

⁵¹ J. M. López García, *El motín contra Esquilache*, Madrid, Alianza, 2006.



Figura 2

Atuendo popular masculino. A la izquierda calesero con sombrero calañés. A la derecha vendedor ambulante con ropas raídas («bollero que vende elefantes de leche»). Fuente: Juan Carrafa, *Colección de trajes de España*, Madrid, Calcografía Nacional, 1825 y Manuel de la Cruz, Dibujo preparatorio inédito, 1777, Biblioteca Nacional, DIB/14/4/29.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII empezaron a introducirse en Madrid nuevas prendas femeninas de influencia francesa como las batas y los deshábills, además de complementos como las escofietas y los bonetes⁵². En el ámbito masculino se extendió el uso de la levita, los pantalones y los sombreros «a la francesa», acompañados de anteojos, alfileres y relojes de bolsillo. Este cambio vino acompañado de la emergencia de nuevas costumbres como tomar rapé, beber café y ponche, leer la prensa o cultivar el arte de la conversación en las tertulias. Estos hábitos tomaron cuerpo en nuevos espacios de sociabilidad, como los cafés o los gabinetes de lectura⁵³.

⁵² V. López Barahona, *Las trabajadoras en la sociedad madrileña...*, p. 219-220.

⁵³ M. Bolufer Peruga, «Del Salón a la asamblea: sociabilidad, espacio público y ámbito privado (siglos XVII-XVIII)», *Saitabi*, n.º 56 (2006), pp. 121-148.



Figura 3

La vestimenta que asociamos con las majas se correspondía al traje «de domingo» que contrastaba con el atuendo diario de las trabajadoras. A la izquierda maja elegante y a la derecha mujer de artesano en ropa de trabajo.

Fuente: Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, *Colección de Trajes de España tanto antiguos como modernos que comprehende todos los de sus dominios*, Madrid, Casa de M. Copin, 1777 y Antonio Rodríguez, *Colección general de los trajes de España según se usan actualmente*, Madrid, Librería del Castillo, 1801.

Las nuevas costumbres y espacios estaban ligados a la emergencia de una clase media que, más allá de su heterogeneidad interna, se definía a través del despliegue de unos hábitos de sociabilidad diferenciados. Larra expresa en sus artículos la necesidad de que la clase media construya sus propios modelos de ocio, alejados tanto de la ópera aristocrática como de los toros. Como sostiene Baker, estas ideas forman «parte de un proyecto histórico de la clase media: la transformación de las formas de ocio dominantes del Antiguo Régimen en ocio burgués»⁵⁴. En un ciudad como Madrid, dominada por la «confusión de

⁵⁴ E. Baker, *Materiales para escribir Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*, Madrid, Siglo XXI, 1991, p. 44. Ver también J. F. Fuentes Aragonés, «Clase media y burguesía en la España liberal (1808-1874): ensayo de conceptualización», en *Historia Social*, n.º 17 (1993), pp. 47-61; J. Escobar, «Larra y la revolución burguesa», *Trienio*, n.º 10, 1987,

clases», era necesario «crear» y «movilizar» a un sujeto colectivo que adquiriese «conciencia de sí mismo» para diferenciarse del público aristocrático y de la «clase baja». En palabras de Álvarez de Barrientos:

«Fumar tabaco frente a tomar rapé, preferir el chocolate al té o al café, ser manolo o petimetre, aceptar o no los periódicos y nuevos lugares de sociabilidad, usar sombrerito o mantilla, preferir el brasero o la chimenea, no fueron simples anécdotas [...] había una carga ideológica, una postura ante los cambios civilizadores»⁵⁵.



Figura 4

Petimetra de serio, con vestido y tocado.
Fuente: Antonio Rodríguez, *Colección...*, op. cit.

pp. 55-67. J. Cruz, *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2014.

⁵⁵ J. Álvarez de Barrientos, «La civilización como modelo de vida en el Madrid del siglo XVIII», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LXII, n.º 2 (2001), p. 160.

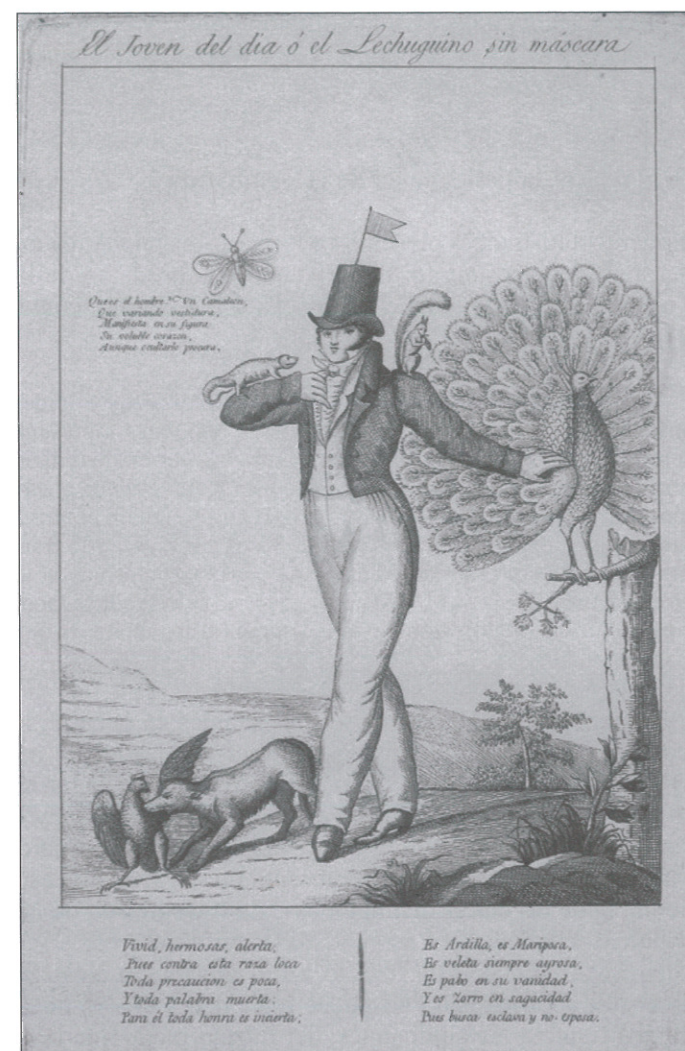


Figura 5

«El joven del día o el lechuguino sin máscara». Estampa satírica ridiculizando las nuevas modas. Atuendo característico compuesto de levita, sombrero de copa y pantalón. Fuente: Estampa anónima de principios del XIX, Museo de Historia de Madrid, Inv. 4915.

Ante el surgimiento de nuevas prácticas y espacios de sociabilidad, las clases populares articularon un discurso de defensa de las costumbres comunitarias frente a las modas extranjerizantes introducidas por petimetras,

usías, currutacos y lechuguinos. Este conflicto cultural y civilizatorio se encuentra en la base de los procesos de politización popular que emergieron en el Madrid del primer tercio del siglo XIX.»

Del francés al negro: la politización de la vestimenta

El sentimiento anti-francés presente en los sectores populares madrileños ha sido interpretado como una forma de xenofobia, producto de la defensa cerrada de un universo tradicional e inmutable. Sin embargo, como sostiene Francisco Fuentes:

«Si lo francés, para los defensores de la tradición y el orden, es algo intrínsecamente subversivo, para las clases populares representa el principal elemento de identificación social de las clases dominantes, de tal forma que la aversión popular al gusto afrancesado viene a ser la expresión de una primitiva conciencia de clase que se rebela contra los signos externos que identifican a las clases dominantes: al odiar lo francés, se libera un odio reconcentrado contra unas clases sociales que viven y piensan a la francesa, y cuya frívola pasión por el lujo y por la moda atenta a la par contra los valores tradicionales y contra los intereses de la economía nacional»⁵⁶.

Lo cierto es que, más que a las clases dominantes en general, lo francés se asocia con las nuevas costumbres desplegadas por las clases medias ascendentes y un sector de las élites. Y es que los nuevos modelos civilizatorios no solo encontraron oposición entre el pueblo bajo. El *plebeyismo aristocrático* constituye «una explícita transgresión de los límites marcados por los nuevos códigos de conducta» que representó una «válvula de escape para algunos miembros de las clases distinguidas». La transgresión de las normas sociales atribuidas a las «gentes acomodadas» permitió a estos sectores de las élites «marcar diferencias con respeto a sus iguales y a otros grupos sociales en ascenso»⁵⁷. El majismo no puede reducirse a una respuesta de las clases populares frente a las dominantes, del mismo modo que la dicotomía entre lo culto y lo popular «se esfuma para dar paso a un complejo tejido arterial de interacciones culturales»⁵⁸.

⁵⁶ J. F. Fuentes Aragonés, «Moda y lenguaje en la crisis social del Antiguo Régimen», en J. R. Aymes (ed.), *L'image de la France en Espagne pendant la seconde moitié du XVIII^e siècle*, Alicante, Instituto de cultura «Juan Gil-Albert», 1996, p. 94.

⁵⁷ J. Gomís Coloma, «Manzanas de Sodoma. Civilización y cultura popular: entre la contención y la atracción», *Historia Social*, n.º 81 (2005), p. 129.

⁵⁸ *Ibid.* p. 121.



Figura 6

El choque cultural. Una pareja elegantemente vestida se cruza con un majo ataviado con la capa larga. El popular cigarrillo contrasta con la nueva moda de tomar rapé.

Fuente: «La petimetra en el Prado de Madrid», Estampa anónima de finales del siglo XVIII, Museo de Historia de Madrid, Inv. 2316.

Juan Francisco Fuentes analiza un texto de José Marchena que describe el choque cultural que se produjo cuando un personaje ilustrado se encontró en las butacas del teatro de los Caños del Peral con un grupo de chisperos⁵⁹. Los chisperos —entre los que había un herrero y un zapatero de viejo— olían a vino y gritaban durante la representación, burlándose del personaje por lle-

⁵⁹ J. Marchena, «Discurso Segundo. Perdido está nuestro teatro», *El Observador*, vol.1, n.º 2 (1787). Recuperado de <http://gams.uni-graz.at/o:mws-113-844>. Analizado por Fuentes en «Moda y lenguaje...», *op. cit.*

var la cabeza enharinada a la moda francesa. Le trataban de «usía» y «amo», mientras cargaban contra los miembros de la compañía operística italiana llamándoles «monsiures» y amenazando con poner fuego «al primero que cruzase los Pirineos». El relato refleja un choque social entre en dos maneras de vestir, hablar y comportarse, pero además demuestra que la percepción popular de «lo francés» revestía un carácter poliédrico. Para los chisperos, los actores de la compañía italiana eran «franchutes», del mismo modo que lo era el narrador. En este contexto, un «franchute» no era necesariamente un francés. Los italianos podrían ser «franceses», del mismo modo que los españoles que se enharinaban la cabeza siguiendo la moda. En definitiva, lo francés remite a un conjunto de prácticas y hábitos culturales, de la misma forma que lo castizo se asocia con una comunidad popular que se nutría en buena medida de inmigrantes recién llegados a Madrid. Parece evidente que la xenofobia y el proto-nacionalismo tenían poco que ver en esta ecuación.

Una vez que hemos entendido que un *franchute* no tenía por qué ser francés podemos abordar la resignificación y politización de los hábitos culturales asociados con el «afrancesamiento». El mismo discurso que se movilizó para levantarse contra las tropas francesas en 1808, serviría para legitimar la oposición contra los liberales a partir de 1812⁶⁰. La figura del negro (liberal) se construyó a partir de elementos preexistentes, como el judío, el sarraceno, el *flamason* y el francés. La etiqueta de afrancesado se utilizó contra los josefinos, pero también contra los liberales moderados del Trienio, los absolutistas moderados del periodo 1823-1833, los defensores del Estatuto Real y los moderados de 1843.

Partiendo de este escenario, vamos a explicar cómo durante la segunda restauración absolutista (1823-1833) las figuras del afrancesado y el hereje, la animadversión contra las cachuchas y las galgas, la confrontación entre petimetres y manolos, sirvieron para construir la imagen del negro (liberal) como un sujeto situado fuera de la comunidad. El realismo popular madrileño no fue el resultado de la manipulación de las élites, sino de una reinterpretación de la confrontación política del momento a partir de las experiencias y recursos culturales del pueblo bajo.

De siglo de las majas al último aliento de la manolería: el realismo popular en Madrid (1823-1833)

El Trienio Liberal se cerró en Madrid el 23 de mayo de 1823, con la entrada del ejército francés comandado por Angulema. Los observadores con-

⁶⁰ P. Rújula, «Realismo y contrarrevolución en la Guerra de la Independencia», *Ayer*, 86 (2012), pp. 45-66. Del mismo modo, el discurso contra Napoleón hundía sus bases en las críticas al «despotismo ministerial» de Godoy, R. Fraser, *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia*, Barcelona, Crítica, 2006.

temporáneos — como los historiadores actuales — se preguntaron cómo era posible que el mismo pueblo que en 1808 se había levantado contra los franceses los recibiese quince años después con los brazos abiertos:

«No hubo género de aclamaciones que el populacho negase a los extranjeros. Ellos mismos se admiraban. ¿Es este el pueblo del Dos de Mayo? Decían. Lo era en efecto; pero discorde, extraviado por los falsos tribuneros»⁶¹.

Lo cierto es que los franceses no fueron recibidos con demasiado entusiasmo por el «populacho», no tanto por tratarse de un ejército extranjero como por la protección que brindaban a los liberales. No en vano, la guarnición liberal de Madrid había pactado la entrega ordenada de la ciudad a Angulema para evitar los excesos que se preveían. Pero el general Bessières, al mando de su partida realista, decidió adelantarse y romper el pacto, entrando por su cuenta en la capital. Cuando los madrileños salieron a la calle para aclamar a los realistas, el general constitucional Zayas cargó contra la multitud dejando «heridos o sin vida en las calles varios cientos de personas, entre ellas mujeres y niños»⁶². Los liberales justificaron esta represión como una medida necesaria para evitar «las esperanzas de vengarse y robar que animaban a la hez del populacho», o bien «el desenfreno de un populacho hambriento, fanático y bárbaro»⁶³. Según el relato de Bayo «los grupos de manolos y chisperos con palos recorrían descaradamente las calles» para saquear las casas de los ricos con el pretexto de ser liberales⁶⁴. Durante la carga del ejército, «las gentes de los barrios bajos que habían intentado el saqueo, fueron acuchilladas sin consideración a sexo ni a edad para tenerlos a raya». Finalmente, las tropas liberales obligaron a Bessières a retroceder y la ciudad fue entregada a los franceses como estaba previsto. En palabras del Marqués de Miraflores, «si pereció desgraciadamente alguna mujer, niño u hombre indefenso culpese a su indiscreción, no al general Zayas»⁶⁵.

Pero el intento de los franceses por contener la represión no evitó que se produjesen en Madrid episodios de terror blanco que nos recuerdan a los que tuvieron lugar en 1814. Una vez más, los «sujetos decentemente vestidos» se convirtieron en víctimas del «populacho de los barrios bajos». Los relatos liberales nos trasladan el pánico social de las clases medias, vivido como una experiencia traumática que perduraría en la memoria colectiva. Las «manolas con bandas blancas» saqueaban las casas de comercio y la

⁶¹ D. Chaulié, *Cosas de Madrid...*, p. 213.

⁶² E. La Parra, *Los cien mil hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España, Madrid, Síntesis*, 2007, p. 53.

⁶³ Marqués de Miraflores, *Apuntes histórico-críticos para escribir la historia de la Revolución de España*, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834, p. 205.

⁶⁴ E. K. Bayo, *op. cit.*, vol. 3, p. 86.

⁶⁵ Marqués de Miraflores, *Apuntes...*, p. 204.

«hez de la plebe» se entregaba a la persecución de todo aquel que por su atuendo levantase la mínima sospecha de liberal⁶⁶. En palabras de Dionisio Chaulié:

«Un traje decente hubiera denunciado a los fugitivos, como sospechosos por lo menos, y si a esto se agregara sombrero blanco o gorra de las llamadas cachuchas, puestas muy en uso, la sospecha se hubiese convertido en evidencia, y seguro estaba el más inocente de una mala ventura»⁶⁷.

Vicente de la Fuente insiste en que se persiguieron

«a las personas más pacíficas por usar en sus trages cualquier adorno de color verde o morado, o por usar gorras o cachuchas, especie de boina encarnada que llevaban muchos liberales de aquel tiempo»⁶⁸.

Como vemos, las cachuchas y el color encarnado vuelven a saltar a la palestra para definir a un enemigo radicalmente opuesto al de 1840. El autor no es ajeno a esta paradoja, añadiendo:

«¡Quién les dijera entonces a los realistas que aquellas gorras, o cosa parecida, habían de ser, andando el tiempo, el distintivo realista de sus hijos y nietos!»⁶⁹.

También Bayo se refiere a la animadversión existente contra las cachuchas, que según cuenta utilizaban los oficiales del ejército francés. En octubre de 1824, durante una bendición de la bandera por parte de los voluntarios realistas de Santander, «presentáronse en las calles varios paisanos con cachuchas», provocando la ira de los voluntarios que «arrojáronse sobre ellos, despedazaron las gorras, hirieron y apalearon a los indefensos y la fiesta se convirtió en una pelea»⁷⁰.

Los escritores liberales asimilaron al pueblo bajo madrileño con los majos, manolos y chisperos de la tradición sainetil y costumbrista. Considerados como héroes colectivos por su resistencia contra los franceses, a partir de 1823 habrían vuelto sus navajas contra los liberales. Francisco de Sales Mayo, en su novela *La chula*, construye una epopeya de la manolería madi-

⁶⁶ E.K. Bayo, *op. cit.*, vol. 3, p. 88.

⁶⁷ Chaulié, *Cosas de Madrid... op. cit.* p. 212.

⁶⁸ V. de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas de España, especialmente de la Franc-Masonería*, Lugo, Soto Freire, 1870, vol. 1, p. 424.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ E. K. Bayo, *op. cit.*, vol. 3, p. 246. Añade que «el ministerio, en vez de castigar a los apaleadores, aprobó su conducta tácitamente prohibiendo en 2 de enero siguiente el uso de las cachuchas en todo el reino».

leña, que durante los diez últimos años del reinado de Fernando VII se hizo dueña de la ciudad y desató el terror contra los constitucionales:

«La manolería vistió el uniforme realista, y durante diez años, a la voz del primer manolo de Madrid sentado sobre el trono [...] contribuyó a todas las iniquidades de persecución contra los negros»⁷¹.

Pero tras una década de persecuciones «sonó una hora fatídica»; «murió el rey manolo, y los voluntarios realistas fueron desarmados»:

«¡Llor a este último aliento de la manolería! Con el feneció, para nunca más renacer, el verdadero manolo de los barrios bajos de Madrid»⁷².

De este modo, el «siglo de las majas» se cerraba con la derrota de la contrarrevolución popular en Madrid. Desarmados los voluntarios, la matanza de frailes de 1834 habría sido un «estertor» mientras «los manolos de acción, en gran mayoría, habían salido de los barrios bajos para irse a las filas carlistas»⁷³.

Estos relatos, alumbrados a finales del siglo XIX, revisten interés cuando los cotejamos con las fuentes primarias. La documentación de la Superintendencia General de Policía (1824-1833) nos permite estudiar las manifestaciones a pie de calle de la violencia contrarrevolucionaria durante la *década ominosa*. En efecto, los voluntarios realistas se reclutaron entre los artesanos empobrecidos y jornaleros de los barrios bajos⁷⁴. La persecución antiliberal adquirió tintes sociales, dirigiéndose contra los sujetos bien portados, los caballeros de levita y los comerciantes. Los nuevos espacios de sociabilidad frecuentados por las clases medias fueron sistemáticamente atacados bajo el pretexto de que sus propietarios y su clientela eran negros.

Si hasta ahora hemos mencionado el encarnado, el verde o el blanco, el color protagonista en las luchas políticas durante la segunda restauración absolutista fue sin duda el negro, que se utilizaba de forma despectiva para referirse a los liberales. Aunque existen diversas versiones sobre el origen del término, parece que deriva de su asociación con la impureza, por oposición al blanco de los realistas. La imagen del liberal se construyó a partir de metáforas preexistentes

⁷¹ F. de Sales Mayo, *La chula. Historia de muchos*, Madrid, Oficina tipográfica del Hospicio, 1870, p. 12. Rodríguez Solís repite la misma idea: «a la voz de su amo, el primer chispero como llama un autor a Fernando VII, los manolos vistieron el uniforme de realistas», E. Rodríguez Solís, *op. cit.*, p. 136.

⁷² F. de Sales Mayo, *op. cit.* p. 13.

⁷³ F. de Sales Mayo, *op. cit.* p. 17.

⁷⁴ A. París Martín, «Los voluntarios realistas de Madrid: politización popular y violencia contrarrevolucionaria», P. Rújula y F.J. Ramón (eds.) *El desafío de la revolución: reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII-XIX)*, Granada, Comares, 2017, pp. 89-106

tes, movilizadas para excluir de la comunidad al hereje, el judío o el francés. El paralelismo entre liberalismo y herejía es la expresión de una concepción unitaria y excluyente de la comunidad, que se define por oposición a un «otro» cuya mera existencia supone un riesgo⁷⁵. El cuerpo político estaba aquejado por una enfermedad que solo podía curarse a través de una «purificación», exterminando a todos los liberales para restablecer el equilibrio alterado. Los voluntarios realistas, junto a los paisanos y «mujerzuelas» de los barrios bajos, llamaban a desatar un «degüello de negros» que acabase de una vez por todas con el mal que aquejaba a la sociedad. Un lego del convento de San Francisco decía «que no tendríamos paz hasta que en cada calle se pusiese una horca para los pícaros negros», mientras los curas de la iglesia de Santa Cruz gritaban «que no estaríamos bien mientras no se haga lo que hicieron los cristianos en tiempo de los sarracenos»⁷⁶. En una aguardentería de la calle del Rosario (cuartel de San Francisco) un voluntario exclamaba que:

«El rey está rodeado de pícaros que lo engañan y que lo que quieren es quitarnos a nosotros; esta toda es obra de judíos y francmasones, más si se toca a degüello, aquí estamos nosotros»⁷⁷.

El conflicto entre liberales y realistas no solo se leía a través de las figuras del judío y el hereje, sino también de las experiencias de la guerra de la Independencia⁷⁸. En una taberna del cuartel de San Francisco se decía que en Portugal ya corría sangre de los liberales y que «no pasará un mes sin que llegue otro 2 de Mayo, y veremos entonces cuál será el Partido que más pueda»⁷⁹.

En la construcción de la figura del negro la vestimenta desempeñó un papel central. El 17 de junio de 1825, tres voluntarios realistas maltrataron a un caballero que caminaba por la calle del Olmo, situada en el barrio popular de Lavapiés. La agresión comenzó cuando un voluntario se acercó al sujeto di-

⁷⁵ J. P. Luis, «La construcción inacabada de una cultura política realista», en M. A. Cabrera y J. Pro (coords.), *La creación de las culturas políticas modernas, 1808-1833*, Madrid, Marcial Pons, 2014, p. 330.

⁷⁶ AHN, Consejos, leg. 12.312, parte del 18 de junio de 1825, el de la cruz. El herrador vasco José Pablo Ulibarri definía a los liberales como «negros, parmesanos, jacobinos, calvinistas, arrianos [y] gentiles paganos con casaca». El castellano —lengua de Lucifer— era un vehículo para la infiltración de elementos corruptores de la comunidad. A. Artola, J. E. Ochoa de Eribe y K. Ulibarri, «En torno al pensamiento reaccionario en el País Vasco: el ensueño contrarrevolucionario del herrador José Pablo Ulibarri (1774-1847)», P. Rújula y F. J. Ramón, *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Granada, Comares, 2017, pp. 107-123.

⁷⁷ AHN, Consejos, leg. 52.344, parte del 10 de octubre de 1825, celador 3.

⁷⁸ P. Rújula, «La guerra como aprendizaje político. De la Guerra de la Independencia a las guerras carlistas», en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución, Actas de las I Jornadas de Estudio del Carlismo*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 41-63.

⁷⁹ AHN, Consejos, leg. 12.306, parte de diciembre de 1826.

ciendo «que traía mala entraña con él porque le olía a negro»⁸⁰. Pero ¿a qué olía un negro?

Para entender este episodio, hemos de tener en cuenta que se enmarca en el motín antiliberal que había estallado en Madrid el día anterior, tras circular el rumor de que los negros, con la complicidad del gobierno moderado, habían envenenado a los voluntarios realistas⁸¹. Durante varios días, grupos de voluntarios, paisanos y «gente baja» de los barrios bajos, recorrieron las calles persiguiendo y asesinando a todo aquel que resultaba sospechoso de simpatizar con los liberales al grito de «¡Mueran los negros!»

Entre las víctimas de la violencia popular encontramos a comerciantes, médicos, almacenistas, caballeros y «sujetos bien portados». Los amotinados se cebaron especialmente con las tiendas de comercio, casas públicas y cafés del centro de la ciudad. El pánico se apoderó de los establecimientos elegantes, los teatros y otros espacios de sociabilidad de las clases medias, que se vieron perseguidas por las «mugerzuelas y gente baja». Los alborotos se interpretaron como «una correría sobre el Comercio de la capital»⁸², porque «generalmente al Comercio le denominan negro»⁸³.

Si atendemos al trasfondo social de estos incidentes, resulta más fácil comprender por qué el sujeto agredido en la calle del Olmo «olía a negro». Cuando el voluntario comenzó a propinarle «empellones y sablazos», al caballero se le cayeron al suelo «el sombrero, el pañuelo y un alfiler de oro». El «olor» del individuo tenía que ver con su lujoso atuendo, poco apropiado para pasearse por un barrio popular como Lavapiés, donde los sujetos elegantes como él acostumbraban a ser recibidos con burlas y piedras. El realismo popular reinterpretó las demandas tradicionales de los trabajadores madrileños —como el precio de las subsistencias, el sistema fiscal o las quintas— a la luz de un discurso político que excluía a los negros de la comunidad y legitimaba el empleo de la violencia contra ellos. La categoría «negro» se construyó de forma poliédrica, de modo que no solo abarcaba a los liberales, sino también a los absolutistas moderados, los comerciantes, los especuladores, la policía, la clientela de los cafés y los sujetos vestidos a la moda francesa. La animadversión hacia determinadas prendas asociadas con la civilización de las costumbres, se articuló mediante discursos políticos diferentes, que permitieron a las clases populares movilizarse contra las reformas ilustradas de Esquilache, los ocupantes franceses, los liberales, los moderados (tanto constitucionales como absolutistas) y los propios carlistas.

⁸⁰ AHN, Consejos, leg. 12.342, parte del 27 de junio de 1825, que remite al elevado por el comisario de Lavapiés el 17 de junio.

⁸¹ Ver A. París Martín, *El degüello de negros. Realismo, policía y política popular en los barrios bajos de Madrid (1823-1833)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, en prensa.

⁸² AHN, Consejos, leg. 12.312, parte del 20 de junio de 1825, celador 2.

⁸³ AHN, Consejos, leg. 12.292, parte del 8 de julio de 1825, celador 4.

Conclusión

En el presente capítulo hemos desbordado los límites de nuestra investigación —centrada en el realismo popular durante la segunda restauración absolutista— para asomarnos al *motín de las galgas* de 1840, sugiriendo la posibilidad de estudiar ese episodio a través de una óptica similar. Nuestro conocimiento de las fuentes primarias no nos permite analizar la politización popular de signo progresista con el mismo detalle con el que estudiamos la de carácter contrarrevolucionario. Sin embargo, los trabajos de historiadores como Daniel Aquillué sugieren que la cuestión de la vestimenta fue central para la construcción de una cultura política liberal «desde abajo» durante el periodo 1833-1843. El autor pone de manifiesto la oposición entre las levitas, sombreros de copa y pantalones decorados de la burguesía moderada; y las chaquetas, sombreros de ala ancha o calañeses y calzones que identificaban al liberalismo de base popular⁸⁴. Este conflicto se manifestaba en el seno de la milicia nacional, donde las diferencias de clase se traducían en el uniforme. Los milicianos de caballería —que disponían de ingresos para costearse caballo— portaban un sombrero llamado chacó, mientras los que iban a pie solían llevar la humilde gorra cuartelera. En el Madrid de 1838, «un grupo de milicianos de a pie y con gorro de cuartel» alzaron la voz contra los milicianos a caballo que custodiaban a unos realistas condenados a muerte. Al grito de «¡Mueran los chacotillas! ¡Viva la Constitución!» los milicianos de extracción popular mostraban su rencor hacia los lanceros, tanto por su posición social como por considerarles un cuerpo moderado con funciones represivas⁸⁵.

A conclusiones similares ha llegado Gabriel Di Meglio, que subraya la politización del conflicto entre «los de casaca y levita» —vestimenta de las élites— y «los de poncho y chiripá», atuendo característico del bajo pueblo de Buenos Aires⁸⁶. No en vano, si algo identificaba con claridad a la heterogénea plebe porteña era la vestimenta, pues «usar poncho o chaqueta era popular, mientras que vestir levita y casaca señalaba distinción»⁸⁷.

⁸⁴ D. Aquillué Domínguez «Levitas y chacós frente a chaquetas y gorras. Vestimenta y política, 1833-1843», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 93 (2018), pp. 139-152; *El liberalismo en la encrucijada: Entre la revolución y la respetabilidad 1833-1843*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 2017.

⁸⁵ C. Dembowski, *Dos años en España durante la guerra civil, 1838-1840*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 114-116. Agradezco la referencia y el análisis de este pasaje a Daniel Aquillué. En la milicia de Barcelona, se formó en 1836 el conocido como «batallón de la blusa», por el atuendo popular de sus integrantes. Destacó por su radicalidad en el periodo 1840-1843. J. Roca. «La milicia nacional o la ciudadanía armada. El contrapoder revolucionario frente al liberalismo institucional», *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 55, (2019), en prensa.

⁸⁶ G. di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo! la plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la revolución de mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

⁸⁷ G. di Meglio, «Chaquetas y ponchos frente a levitas. La participación política del bajo pueblo de la ciudad de Buenos Aires a partir de la Revolución de 1810», *Histórica*, vol. 34 (2011), pp. 65-104.

En definitiva, la vestimenta desempeñó un papel central en los procesos de politización popular en Madrid, desde el motín contra Esquilache hasta bien entrado el siglo XIX. El enfoque cronológico que hemos elegido en estas páginas puede conducir a simplificaciones, pero tiene una ventaja indudable: subrayar que las clases populares madrileñas dispusieron de recursos propios —a los que bien podríamos referirnos como «cultura política popular»— para interpretar los cambios políticos en una coyuntura amplia. Tradicionalmente, la emergencia del pueblo bajo de Madrid en el escenario político se ha caracterizado como un conjunto de balbuceos incoherentes y estallidos inconexos, ligados a las protestas «tradicionales» y «pre-políticas» de Antiguo Régimen, la manipulación de las élites o la defensa de los intereses materiales inmediatos. Frente a esta caricaturización, la problemática de la vestimenta y las costumbres muestra cómo —por encima de los aparentes bandazos— la participación política popular mostró elementos de coherencia y continuidad en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX. Esto no implica que el pueblo bajo madrileño actuase de forma homogénea ni constituyese un universo cultural aislado, puesto que podemos asistir de forma simultánea a expresiones de un realismo y un liberalismo popular enfrentados entre sí. La participación política popular no responde a los prejuicios inmutables de un «populacho» atrasado e incapaz de identificar sus «intereses objetivos», sino un proceso dinámico de traducción y reinterpretación de los nuevos discursos y prácticas políticas a través de experiencias previas⁸⁸.

Bibliografía

- Aquillué Domínguez, D. «Levitas y chacós frente a chaquetas y gorras. Vestimenta y política, 1833-1843», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 93 (2018), pp. 139-152.
—, *El liberalismo en la encrucijada: Entre la revolución y la respetabilidad 1833-1843*, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 2017.
Alcalá Galiano, A., *Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano, publicadas por su hijo*, Madrid, Vision Net, 2009.
Álvarez de Barrientos, J., «La civilización como modelo de vida en el Madrid del siglo XVIII», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, vol. LXII, n.º 2 (2001), pp. 237-248.
Andreu Miralles, X., «Figuras modernas del deseo: las majas de Ramón de la Cruz y los orígenes del majismo», *Ayer* 78 (2010), pp. 25-46.

⁸⁸ A. París Martín, «Politización popular contrarrevolucionaria en la Europa meridional: reflexiones cruzadas entre Madrid, el Midi de Francia y Nápoles (1789-1850)», J.S. Amelang, F. Andrés, R. Benítez, R. Franch. y M. Galante (eds.), *Palacios, plazas patíbulo. La sociedad española moderna entre el cambio y las resistencias*, Valencia, Tirant lo Blanc, 2018, pp. 313-326.

- Artola, A., Ochoa de Eribe, J. E. y Ulibarri, K., «En torno al pensamiento reaccionario en el País Vasco: el ensueño contrarrevolucionario del herrador José Pablo Ulibarri (1774-1847)», P. Rújula y F. J. Ramón, *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Granada, Comares, 2017, pp. 107-123.
- Baker, E., *Materiales para escribir Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- Bayo, E. K., *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*, Madrid, Repullés, 1842.
- Bolufer Peruga, M., «Del Salón a la asamblea: sociabilidad, espacio público y ámbito privado (siglos XVII-XVIII)», *Saitabi*, n.º 56 (2006), pp. 121-148.
- Canal, J., «Matar negros, hacer blancos: Los colores y los nombres del enemigo en las guerras civiles de la España contemporánea», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 20 (2008), pp. 19-36.
- Chaulié, D., *Cosas de Madrid. Apuntes sociales de la Villa y Corte*, Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, 1884.
- Cotarelo, E. (ed.), *Sainetes de Don Ramón de la Cruz*, Madrid, Bailly Baillière, 1928.
- Coulon, M., *Le sainete à Madrid à l'époque de Don Ramón de la Cruz*, Université de Pau, 1993.
- Cruz, J., *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2014.
- Cruz, R. de la, *Sainetes de Don Ramón de la Cruz*, Madrid, La novela Ilustrada, 1905.
- Dembowski, C., *Dos años en España durante la guerra civil, 1838-1840*, Barcelona, Crítica, 2008.
- De Nicola, C., *Diario Napoletano, 1798-1825*, Nápoles, Società napoletana di storia patria, 1906.
- Dumons, B. y Multon, H. (eds.), «Blancs» et contre-révolutionnaires. *Espaces, réseaux, cultures et mémoires (fin XVIII^e-début XX^e siècles) : France, Italie, Espagne, Portugal*, Rome, École française de Rome, 2011.
- Elorza, A., «El tema de Francia en el primer republicanismo español», en J. R. Aymes y J. Fernández Sebastián (eds.), *L'Image de la France en Espagne (1808-1850)*, París-Bilbao, Presses Sorbonne Nouvelle/Universidad del País Vasco, 1997.
- Escobar, J., «El sombrero y la mantilla: moda e ideología en el costumbrismo romántico español», en *Revisión de Larra: ¿protesta o revolución?*, París, Les Belles Lettres, 1983, pp. 161-165.
- Farge, A., *Vivre dans la rue à Paris au XVIII^e siècle*, París, Gallimard, 1979.
- Flores, A., *Ayer, hoy y mañana, o la fe, el vapor y la electricidad: cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899*, Madrid, Imprenta de Mellado, 1863.
- , *Tipos y costumbres españolas*, Sevilla, Francisco Álvarez y C.^a Editores, 1877.
- Flórez, J. S., *Espartero. Historia de su vida militar y política*, Madrid, Ayguales de Izco, 1845.
- Fraser, R., *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Fuente, V. de la, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas de España, especialmente de la Franc-Masonería*, Lugo, Soto Freire, 1870.

- Fuentes, Y., «Don Ramón de la Cruz y sus sainetes: víctimas de la bipolaridad historiográfica dieciochista», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, n.º 23 (2005), pp. 85-107.
- Fuentes Aragonés, J. F., «Clase media y burguesía en la España liberal (1808-1874): ensayo de conceptualización», en *Historia Social*, n.º 17 (1993), p. 47-61; J. Escobar, «Larra y la revolución burguesa», *Trienio*, n.º 10, 1987, pp. 55-67.
- , «Moda y lenguaje en la crisis social del antiguo régimen», en J. R. Aymes (ed.), *L'image de la France en Espagne pendant la seconde moitié du XVIII^e siècle*, Alicante, Instituto de cultura «Juan Gil-Albert», 1996, pp. 85-95.
- Garrido, F., *Historia del reinado del último Borbón de España*, Barcelona, 1868.
- Garrido Muro, L., *El nuevo Cid. Espartero, María Cristina y el primer liberalismo español (1834-1840)*, Tesis doctoral, Universidad de Cantabria, 2012.
- Garrioch, D., *Neighbourhood and Community in Paris, 1740-1790*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- Gomís Coloma, J., «Manzanas de Sodoma. Civilización y cultura popular: entre la contención y la atracción», *Historia Social*, n.º 81 (2005), pp. 113-130.
- Haidt, R., *Women, Work and Clothing in Eighteenth-century Spain*, Voltaire Foundation, University of Oxford, 2011.
- , «Los Majos, el «españolísimo gremio» del teatro popular dieciochesco: sobre casticismo, inestabilidad y abyección», *Cuadernos de Historia Moderna*, X (2011), pp. 155-173.
- Huerta, J., «Comicidad y marginalidad en el sainete dieciochesco», *Scriptura*, n.º 15 (1995), pp. 51-75.
- Huertas, E., «Los majos madrileños y sus barrios en el teatro popular», en J. Huerta y E. Palacios (eds.), *Al margen de la Ilustración, Cultura popular, arte y literatura en la España del siglo XIX*, Ámsterdam, Ridopi, 1998, pp. 117-143.
- La Parra, E., *Los cien mil hijos de San Luis. El ocaso del primer impulso liberal en España*, Madrid, Síntesis, 2007.
- Lago, G. y López, N., «Levitas y galgas: dos motines en los orígenes de la industrialización de España», en S. Castillo y J. M. Ortiz de Orruño (eds.), *Estado, protesta y movimientos sociales, Actas del III Congreso de Historia Social de España*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998, pp. 569-574.
- López Barahona, V., *Las trabajadoras en la sociedad madrileña del siglo XVIII*, Madrid, Libros del Taller de Historia, 2017.
- , «La caza de vagamundas: trabajo y reclusión en Madrid durante la Edad Moderna», P. Oliver Olmo (ed.), *La prisión y las instituciones punitivas en la investigación histórica*, Cuenca, Universidad Castilla La Mancha, 2014, pp. 31-48.
- , «Estrategias de supervivencia y redes informales de crédito entre las clases populares madrileñas del siglo XVIII» en F. J. Hernando, J. M. López y J. Nieto (eds.), *La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo*, Madrid, Ediciones UAM, 2012, pp. 37-50.
- , *El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII*, Madrid, Fundamentos, 2009.
- López Barahona, V. y Nieto Sánchez, J. A., «Dressing the Poor: The Provision of Clothing Among the Lower Classes in Eighteenth-Century Madrid», *Textile History*, 43 (2012), pp. 24-43.

- , «La ropa estandarizada. Innovaciones en la producción, comercio y consumo de vestuario en el Madrid del siglo xvii», *Sociología del Trabajo*, 71 (2011), pp. 118-135.
- López García, J. M., *El motín contra Esquilache*, Madrid, Alianza, 2006.
- Luis, J. P., «La construcción inacabada de una cultura política realista», en M. A. Cabrera y J. Pro (coords.), *La creación de las culturas políticas modernas, 1808-1833*, Madrid, Marcial Pons, 2014.
- Marchena, J., «Discurso Segundo. Perdido está nuestro teatro», *El Observador*, vol. 1, n.º 2 (1787).
- Meglio, G. di, *¡Viva el bajo pueblo! la plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la revolución de mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- , «Chaquetas y ponchos frente a levitas. La participación política del bajo pueblo de la ciudad de Buenos Aires a partir de la Revolución de 1810», *Histórica*, vol. 34 (2011), pp. 65-104.
- Mesonero Romanos, R. de, *Memorias de un setentón*, Barcelona, Crítica, 2008.
- Miraflores, Marqués de, *Apuntes histórico-críticos para escribir la historia de la Revolución de España*, Londres, Oficina de Ricardo Taylor, 1834.
- Monteiro Cardoso, A., *A Revolução Liberal em Trás-os-Montes (1820-1834): o povo e as elites*, Porto, Edições Afrontamento, 2007.
- Nieto Sánchez, J., *Artisanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Madrid, Fundamentos, 2006.
- Nieto Sánchez, J. y París Martín, A., «Transformaciones laborales y tensión social en Madrid: 1750-1836», *Revista Encuentros Latinoamericanos*, vol. VI, n.º 1 (2012), pp. 210-274.
- Palacios, E., *El teatro popular español del siglo xviii*, Lleida, Milenio, 1998.
- París Martín, A., «Los voluntarios realistas de Madrid: politización popular y violencia contrarrevolucionaria», P. Rújula y F. J. Ramón (eds.), *El desafío de la revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos xviii y xix)*, Granada, Comares, 2017, pp. 89-106.
- , *El degüello de negros. Realismo, policía y política popular en los barrios bajos de Madrid (1823-1833)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, en prensa.
- , «La construcción del pueblo bajo en Madrid. Trabajo, cultura y política popular en la crisis del Antiguo Régimen (1780-1833)», en *Sociología Histórica*, n.º 3 (2013), pp. 337-366.
- , «Politización popular contrarrevolucionaria en la Europa meridional: reflexiones cruzadas entre Madrid, el Midi de Francia y Nápoles (1789-1850)», J.S. Amelang, F. Andrés, R. Benítez, R. Franch. Y M. Galante. (eds.), *Palacios, plazas patíbulos. La sociedad española moderna entre el cambio y las resistencias*, Valencia, Tirant lo Blanc, 2018, pp. 313-326.
- Pérez Núñez, J., «La revolución de 1840: la culminación del Madrid progresista», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36 (2014), pp. 141-164.
- Pinto, V. y Madrazo, S., *Madrid. Atlas histórico de la ciudad, Siglos ix-xix*, Madrid, Lunwerg, 1995.
- Roca, J., «La milicia nacional o la ciudadanía armada. El contrapoder revolucionario frente al liberalismo institucional», *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 55, (2019), en prensa

- Rodríguez Solís, E., *Majas, manolas y chulas: historia, tipos y costumbres de antaño y ogaño*, Madrid, Fernando Cao y Domingo de Val, 1886.
- Rújula, P., «Realismo y contrarrevolución en la Guerra de la Independencia», *Ayer*, 86 (2012), pp. 45-66.
- «La guerra como aprendizaje político. De la Guerra de la Independencia a las guerras carlistas», en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución*, Actas de las I Jornadas de Estudio del Carlismo, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 41-63.
- Sainz de Robles, F. C., *Madrid, teatro del mundo*, Madrid, Emiliano Escobar, 1980.
- Sales Mayo, F. de, *La chula. Historia de muchos*, Madrid, Oficina tipográfica del Hospicio, 1870.
- Simón Díaz, J., *Guía literaria de Madrid, arrabales y barrios bajos*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños / La Librería, 1994.
- VV.AA., *Vida militar y política de Espartero. Obra dedicada a la Ex-Milicia Nacional del Reino por una sociedad de ex-milicianos de Madrid*, Madrid, Sociedad Tipográfica de D. Benito Hortelano y Compañía, 1845.
- Zanardi, T., *Framing Majismo: Art and Royal Identity in Eighteenth-Century Spain*, Penn State University Press, 2016.